

SOR EGLANTINA

¡Padre mio, interceded por ella! ¡Tened piedad de nosotras!...

EL SACERDOTE

No hay duda; reconozco en todo esto el tenebroso orgullo del Príncipe de las Tinieblas y del Padre de la Soberbia. *Volviéndose hacia la Abadesa.* Hermanas mías, os la entrego; es preciso que la indulgencia humana no usurpe las prerrogativas del Amor infinito. ¡Id, id, hermanas; arrastrad á la culpable al pie de los santos altares; arrancad una á una, en presencia de Aquel ante quien se prosternan los ángeles, arrancad una á una las vestiduras y las joyas del sacrilegio; desatad vuestras correas, retorced vuestras disciplinas, tomad de los pilares del pórtico los pesados cilicios de las prevaricaciones y los haces de varas de las grandes penitencias! ¡Id, id, hermanas; que vuestros brazos sean crueles y vuestras manos sin piedad! La misericordia es quien los arma y el Amor quien los bendice.

Las religiosas arrastran á la Virgen, que va en medio de ellas indiferente, impasible, dócil. Todas, excepto Sor Eglantina, han desatado ya el doble cordel de nudos que llevan á la cintura. Entran en la capilla, cuya puerta se vuelve á cerrar, y el sacerdote, al quedarse solo, se prosterna ante el pedestal abandonado. Pausa bastante larga. De pronto se oye, atravesando la puerta de la iglesia, un cántico de indecible dulzura; es el cántico sagrado de la Virgen, el Ave Maris Stella, que entonan, al parecer, lejanas voces de ángeles. Poco á poco el canto se precisa, se acerca, se amplifica y se universaliza como

si una multitud invisible, cada vez más numerosa, tomase en él una parte cada vez más ardiente, cada vez más celeste. Al mismo tiempo se oyen en la capilla ruidos de sillas que caen, de candelabros que se derrumban, de bancos que chocan unos con otros, exclamaciones de voces humanas enloquecidas. Por fin, las dos hojas de la puerta se abren hacia fuera con violencia y aparece la nave inundada en llamas y resplandores extraños, que ondulan, se extienden, se cruzan indefinidamente, más deslumbradores que los del sol, cuyos rayos iluminan el corredor. Entonces, ¡aleluias! y ¡hosannas! delirantes estallan por todas partes; trastornadas, aterrorizadas, transfiguradas, embriagadas de gozo y de espanto sobrenaturales, blandiendo deslumbradoras ramas llenas de flores milagrosas que multiplican el éxtasis, envueltas de pies á cabeza en vivas guirnaldas que entorpecen su marcha, cegadas bajo la lluvia de pétalos que cae de las bóvedas, las religiosas se agolpan tumultuosamente á las puertas, demasiado estrechas, descienden vacilando los escalones, cubiertos de flores prodigiosas, y desbojando á cada uno de los pasos que dan, su carga florida, que renace entre sus manos, rodean al anciano sacerdote, que se ha levantado, y las que las siguen van adelantando á su vez entre la marea de flores vivas que cae sin cesar por los escalones del pórtico.

LAS RELIGIOSAS

Todas á un tiempo, mientras salen de la capilla, invaden el corredor, cantan y se abrazan en medio del diluvio de flores.

¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro! ¡Oh! ¡Padre! ¡Padre!
¡Hosana! ¡Hosana! ¡Hosana! ¡El Señor nos envuelve!

¡El Cielo se abre! ¡Los ángeles se acercan á nosotras y las flores nos persiguen! ¡Hosana! ¡Hosana! ¡Sor Beatriz es santa! ¡Tocad, tocad las campanas hasta romper el bronce! ¡Sor Beatriz es Santa! ¡Sor Beatriz es santa!

SOR REGINA

Cuando quise tocar sus vestiduras sagradas...

SOR EGLANTINA

Cubierta de flores más luminosas que las demás.

Las llamas surgieron, los lirios hablaron...

SOR CLEMENCIA

Los ángeles del altar se volvieron hacia nosotras.

SOR BALBINA

Los santos juntaban las manos, inclinándose hacia ella.

SOR EGLANTINA

Las estatuas de los pilares se pusieron de rodillas...

SOR FELICIDAD

Los arcángeles cantaban deplegando su alas...

SOR CLEMENCIA

Todas las flores del cielo brotaban de nuestras manos...

SOR FELICIDAD

Nuestros brazos, que la maltrataban, la inundaban de luz...

SOR BALBINA

Haciendo ondular pesadas guirnaldas de rosas.

Rosas vivas brotaban de las cuerdas...

SOR REGINA

Sacudiendo enormes ramas de azucenas.

Azucenas milagrosas brotaban en las varas...

SOR FELICIDAD

Sacudiendo palmas luminosas.

Largas palmas de oro inflamaban las disciplinas...

LA ABADESA

Arrodillándose á los pies del sacerdote.

¡Padre mio, he pecado! ¡Sor Beatriz es santa!...

EL SACERDOTE

Arrodillándose á su vez.

¡Hijas mías, he pecado; los designios del Señor son impenetrables!...

En este momento llaman á la puerta del convento, y la Virgen, otra vez humana y humildemente revestida con el manto y el velo de Beatriz, aparece en el umbral de la capilla. Baja los escalones; con los ojos bajos y las manos juntas pasa entre sus hermanas, que están de rodillas y sobre las flores, que vuelven á levantarse después que ella ha pasado, volviendo á tomar posesión, como si no hubiese ocurrido nada, de las funciones de su cargo; se dirige hacia la puerta de entrada, que abre de par en par. Entran tres peregrinos pobres, viejos, cansados, ante los cuales se inclina profundamente, y tomando de un trípode de bronce un lienzo blanco y una jarra de oro, vierte agua en silencio sobre sus manos polvorientas.

ACTO TERCERO

La misma decoración. La estatua de la Virgen está en el pedestal, como en el primer acto. El velo, el manto y el manojito de llaves de Sor Beatriz están colgados en la verja. La puerta de la capilla está abierta; los cirios del altar, encendidos; la lámpara arde ante la estatua, y el cesto de los pobres está lleno de ropas; en una palabra, todo se encuentra en el mismo estado que en el momento de la fuga de la monja con el Príncipe Bellidor, excepto que la puerta de entrada del convento está cerrada. Amanece. Es en invierno; acaba de tocar la campana á maitines, aunque nadie ha tirado de la cuerda, que se ve subir y bajar sola en el vacío bajo el pórtico de la capilla. Después, cuando la campana calla, pausa, en medio de la cual llaman á la puerta del convento con tres golpes lentos. Al sonar el tercero, la puerta gira sola sobre sus goznes. Las dos hojas se abren de par en par sobre la campiña desierta y desolada, y entre los torbellinos de nieve que azotan el umbral, adelanta espantada, extenuada, imposible de reconocer, la que fué en otro tiempo Sor Beatriz. Está cubierta de andrajos. Sus cabellos, ya grises, caen sobre su rostro, dolorosamente enflaquecido y lívido. Sus ojos cansados tienen la mirada inmóvil y demasiado grande de los que van á morir y ya no verán nada. Ante la puerta abierta espera un instante; luego, no viendo á nadie, á tientas, vacilando, apoyándose en el postigo, se acerca, mira al corredor con la inquietud de un animal largo tiempo perseguido. Pero el

UNIVERSIDAD DE NINGÚO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AÑO 1972 HITEPERRY, MEXICO

corredor está desierto; da unos cuantos pasos temerosa, y viendo la imagen de la Virgen, lanza un grito de dolor, en el cual se mezcla no sé qué cansada y vana esperanza de salvación, y se precipita, se arrodilla y se desploma á los pies de la estatua.

BEATRIZ

Madre, aquí estoy... No me rechaces; ya no tengo nada en el mundo... Esperaba volver á verte y vuelvo demasiado tarde; ya mis ojos van á cerrarse, ya no veo tu sonrisa; mis manos, cuando las tiendo hacia ti, parecen muertas. Ya no sé rezar, ya no puedo hablar; puesto que es preciso decirlo todo, he derramado tantas lágrimas, que desde hace mucho tiempo he perdido el valor de llorar... Soy la pobre Beatriz... Perdóname si te repito un nombre que no debiera pronunciar nunca... No reconocerías á tu hija... Mira en qué estado la han puesto el amor y el pecado, y todo lo que los hombres llaman felicidad... Hace más de veinte años que me separé de ti, y si Dios no quiere que los hombres sean felices, no tendrá nada contra mí, porque feliz no he sido... Hoy vuelvo; no pido nada; ha pasado la hora y ya no tengo fuerzas para recibir nada... Vengo á morir aquí, en esta santa casa, si mis hermanas me permiten yacer donde caiga. Sin duda, lo saben todo; y allí, en la ciudad, el escándalo de mi vida fué tan grande, que habrá llegado hasta ellas... Pero saben poco, y tú, que lo sabes todo, no sabrás jamás todo el mal que me han obligado á hacer y todo lo que he sufrido... Quiero decirles á todas los tormentos del amor. *Mirando en derredor.* ¿Pero por qué estoy sola? La casa está desierta, como si mis pecados hu-

biesen hecho en ella el vacío... ¿Quién ha tomado mi puesto al pie de los santos altares, y quién guarda el umbral que han envilecido mis pasos? La lámpara está encendida, veo brillar los cirios, han tocado á maitines, llega el día y no aparece nadie... *Viendo el manto y el velo que están colgados en la verja.* ¿Qué es esto? *Se levanta un poco, se acerca de rodillas y toca los vestidos.* Ya mis pobres manos están tan cerca de la muerte, que no saben si tocan las cosas en esta vida ó en la otra... ¿No es éste el manto que dejé aquí hace veinticinco años?... *Cogiendo el manto y poniéndoselo maquinalmente.* Tiene la misma forma, pero parece más largo. Me estaba bien cuando andaba derecha y era feliz. *Tomando el velo.* Y éste es el velo que cubrirá mi muerte... Señora, perdóname si esto es un sacrilegio... Tengo frío y estoy desnuda; mis pobres ropas no ocultan ya sino un cuerpo que no sabe dónde esconderse... ¿No eres tú, madre mía, quien me ha guardado estos hábitos y quien me los devuelve para que en la hora temible, las llamas sin piedad, que acaso me esperan, vacilen un momento y sean menos crueles para mí?... *Se oye ruido de pasos que se acercan y de puertas que se abren.* Pero ¿qué oigo? *Tres campanadas resuenan anunciando, como en el segundo acto, la llegada de las monjas al corredor.* ¡Madre mía, la puerta se abre y mis hermanas van á venir!... ¡No podré nunca...! Ten piedad de mí; las murallas me aplastan, la luz me ahoga, y mi vergüenza está escrita sobre las losas que se levantan... ¡Ah!

Cae desvanecida á los pies de la estatua. Las religiosas, precedidas por la Abadesa, adelantan bajo las bóvedas del mismo modo que en el acto precedente para ir á la

capilla. Varias de ellas han envejecido extraordinariamente y la Abadesa anda con trabajo, encorvada, apoyándose en su báculo. Apenas han entrado, ven á Beatriz tendida en el suelo sin movimiento, y asustadas, inquietas, desoladas, acuden y la rodean.

LA ABADESA

Viendo á Beatriz la primera.

¡Sor Beatriz ha muerto!

SOR CLEMENCIA

¡El cielo nos la ha dado y el Señor nos la lleva!

SOR FELICIDAD

Su corona estaba pronta; los ángeles la esperaban.

SOR EGLANTINA

Levantando y sosteniendo la cabeza de Beatriz y besándola con una especie de temor religioso.

No, no, no está muerta; se estremece, respira...

LA ABADESA

¡Qué pálida está, qué demacrada!

SOR CLEMENCIA

Diríase que en una noche ha envejecido diez años...

SOR FELICIDAD

Debe de haber padecido y luchado hasta el amanecer...

SOR CLEMENCIA

Estaba sola contra el ejército de ángeles que querían llevárnosla...

SOR EGLANTINA

Si; ya ayer por la tarde estaba muy enferma... Lloraba, lloraba; ella que desde el día del milagro de las flores tenía en los ojos la sonrisa del milagro... No quería nunca que ocupase yo su puesto, porque decía que estaba esperando la vuelta de su santa...

SOR BALBINA

¿Qué vuelta? ¿De qué santa?

LA ABADESA

Levantando los ojos, por casualidad, y viendo la imagen de la Virgen, que ha vuelto á ocupar el pedestal.

¡Ahí está, ahí está! ¡La Virgen ha vuelto!

Las monjas levantan la cabeza y miran, excepto Sor Eglantina, que continúa sosteniendo entre sus brazos el cuerpo de Beatriz desvanecida. Todas se vuelven, lanzan gritos de éxtasis y se arrodillan en derredor del pedestal.

LAS RELIGIOSAS

¡La Virgen ha vuelto! ¡Nuestra Señora! ¡Nuestra Señora! ¡Nuestra Madre ha vuelto! ¡Tiene todas sus joyas; su corona es más hermosa que antes, sus ojos son más profundos, su mirada es más suave!... ¡Vuelve del cielo! Sor Beatriz ha vuelto á traérnosla. Si, si; ha vuelto en alas de sus santas oraciones...

SOR EGLANTINA

¡Venid, venid; ya no oigo latir su corazón!...

Las religiosas se vuelven y se acercan á Beatriz.

SOR CLEMENCIA

Arodiándose junto á ella.

¡Sor Beatriz, Sor Beatriz, no abandones á tus hermanas en el día del gran milagro!...

SOR FELICIDAD

La Virgen te sonríe; sus labios te llaman.

SOR EGLANTINA

¡Ay, ya no oye!... ¡Parece que sufre, y su rostro se va demacrando!

SOR CLEMENCIA

Llevémosla á la celda.

SOR EGLANTINA

No; dejémosla junto á Aquella que la ama y la rodea de milagros.

Algunas religiosas entran en la celda y vuelven á salir con lienzos, sobre los cuales extienden á Beatriz á los pies de la estatua.

SOR CLEMENCIA

Apenas respira. Entreabramos su manto y aflojemos el velo.

Hace lo que ha dicho y las religiosas ven los andrajos que cubren á Beatriz.

SOR FELICIDAD

Madre mia, ¿habéis visto los andrajos que la cubren? Y están llenos de barro...

SOR BALBINA

Está aterida por la nieve que se derrite sobre ella...

SOR CLEMENCIA

Sus cabellos han encanecido sin que lo supiéramos.

SOR FELICIDAD

Sus pies, desnudos, están cubiertos con la arcilla del camino...

LA ABADESA

Hijas mías, callemos; estamos viviendo cerca del cielo, y las manos que la toquen conservarán luz para siempre...

SOR EGLANTINA

Su pecho se levanta y van á abrirse sus ojos...

En efecto, Beatriz abre los ojos, levanta un poco la cabeza y mira en derredor.

BEATRIZ

Como si saliese de un sueño, y aún extraviada la voz, que viene de muy lejos.

Cuando murieron mis hijos..., ¿por qué sonreis?, murieron de miseria...

LA ABADESA

No sonreimos; nos alegramos de veros volver á la vida...

BEATRIZ

De verme volver á la vida... *Mirando en derredor suyo con mirada más consciente.* Sí, sí, ya me acuerdo; he venido aquí desde el fondo de mi angustia... No me miréis con tanta inquietud; no volveré á ser para vosotras motivo de escándalo, y haréis de mí cuanto queráis... No lo sabrá nadie, si os da temor que hable de ello, y no diré nada... Estoy sumisa á todo, porque todo lo han destrozado

zado en mi cuerpo, en mi alma... Ya sé, ya sé que no puedo esperar morir en este sitio, al pie de esta imagen, tan cerca de la capilla, de todo lo que es puro, de todo lo que es santo... Sé que sois muy buenas por haber tenido paciencia y no haberme rechazado en seguida... Pero si podéis, y Dios lo permite, no me arrojéis demasiado lejos de la casa... No hay que cuidarme, no hay que compadecerme, porque estoy muy enferma, pero ya no sufro... ¿Por qué me habéis tendido sobre este hermoso lienzo blanco? ¡Ay de mí, el lienzo blanco ya no es mas que un reproche, y la paja hedionda es cuanto merece el pecador que va á morir!... ¿Pero me miráis y no me decís nada? No parece que estáis irritadas contra mí... Veo lágrimas en vuestros ojos... Creo que aún no me habéis reconocido.

LA ABADESA

Besándole las manos.

Si; si os reconocemos; sois nuestra santa...

BEATRIZ

Retirando con viveza las manos con una especie de espanto.

¡No beséis estas manos que han hecho tanto mal!...

SOR CLEMENCIA

Besándole los pies.

Sois el alma elegida que nos vuelve del cielo...

BEATRIZ

¡No beséis estos pies que han corrido al pecado!...

SOR EGLANTINA

Besándola en la frente.

Pero velamos esta frente pura, coronada de milagros.

BEATRIZ

Ocultándose la frente con las manos.

¿Qué queréis hacer y qué ha sucedido? Cuando yo era feliz no había perdón... No toqueis esta frente en la cual habitó la lujuria... ¡Oh! ¿Quienes sois las que la habéis tocado?... No sé si mis ojos cansados me engañan; pero si ven aún, sois Sor Eglantina.

SOR EGLANTINA

Si, si, soy Sor Eglantina, á quien tanto habéis querido...

BEATRIZ

Fué á vos á quien dije hace veinticinco años que era desgraciada...

SOR EGLANTINA

Hace veinticinco años que Dios os eligió entre todas nuestras hermanas.

BEATRIZ

Me lo decís sin la menor amargura... No comprendo lo que me sucede... Estoy débil y enferma. No me doy cuenta, y todas las palabras me asombran... Yo no esperaba... Pero creo que os engañáis... Soy... Haced la señal de la cruz y cubrios el rostro... Soy Sor Beatriz...

LA ABADESA

Si, ya lo sabemos; sois Sor Beatriz, sois nuestra hermana, la más pura de todas nosotras, el cordero milagroso, la llama inmaculada, el ángel de los ángeles...

BEATRIZ

¡Ah! ¡Sois vos, madre mía!... No os había conocido... Antes erais derecha, derecha, y ahora os inclináis... Yo también me inclino y he caído... Os conozco á todas; allí está Sor Clemencia... y Sor Felicidad...

SOR FELICIDAD

Sonriendo.

Si, Sor Felicidad; la primera que salió de la capilla florida...

BEATRIZ

Vosotras no habéis sufrido, vosotras no parecéis tristes... Yo era más joven y ahora soy la más vieja...

LA ABADESA

Es que el amor divino es carga terrible.